

las escaleras del Hotel Mondego, donde Alfonso se hospedaba con el nieto, y entraba en la sala colorado, sudando y gritando:

—¡Neminé! ¡Neminé!

Carlos había hecho su primer examen. ¡Y qué examen! Teixeira, que había acompañado á los señores á Santa Olavia, corrió á la puerta y abrazóse casi llorando al niño, que ya era más alto que él y estaba muy guapo con su traje nuevo.

Arriba en el cuarto, Manuel Villaça, soplando aún, limpiábase el sudor y decía:

—¡Estoy espantado, don Alfonso! Los profesores estaban conmovidos. ¡Ay Jesús! ¡Qué talento! ¡Todos dicen que va á ser un grande hombre!... Y, ¿qué carrera seguirá, señor?

Alfonso que paseaba, trémulo, contestó sonriendo:

—No sé, Villaça... Quizá estudiaremos derecho.

Carlos se asomó á la puerta, seguido de Teixeira y de otro criado, que traía una bandeja con *champagne*.

—Ven acá, remolón dijo Alfonso, muy pálido, con los brazos abiertos.—Buen examen, ¿eh?... Yo...

Mas no pudo continuar: las lágrimas, dos á dos, corríanle por la barba blanca.

IV

Carlos estudiaba medicina. Y, como decía el doctor Trigueiros, siempre tuvo el muchacho una "vocación por Esculapio."

La "vocación," se reveló un día que descubrió en un cuarto de trastos viejos, entre varios papeles, un rollo manchado y antiguo de láminas anatómicas; se pasó una porción de días recortándolas, y pegó luego en las paredes, hígados, intestinos, cabezas de perfil, brazos y piernas. Una noche entró triunfalmente en la sala para enseñar á las Silveiras, á Eusebio, la pavorosa litografía de un feto de seis meses en el útero materno. Doña Ana retrocedió lanzando un grito y tapándose la cara con el abanico y el señor delegado, ruborizado también, púsose á Eusebio entre las rodillas y le tapó la cara con la mano. Pero lo que más escandalizó á las señoras, fué la indulgencia de Alfonso.

—¿Qué les pasa? ¿Qué les pasa?—preguntó sonriendo.

—¿Qué tenemos, don Alfonso?—exclamó doña Ana.—Esta lámina es indecente.

—No hay nada indecente en la naturaleza, querida señora. Lo indecente es la ignorancia... Dejen al rapaz. Quiere saber cómo está formada por dentro esta pobre máquina; nada más loable...

Doña Ana abanicábase, sofocada. ¡Consentir tales horrores en manos del niño!.. Carlos empezó á parecerle un libertino “que ya sabía cosas,” y no consintió que en lo sucesivo Teresita brincara con él por los corredores de Santa Olavia.

Sin embargo, las personas serias, el juez del distrito, el padre Custodio, lamentando, sí, que no se le obligara á mayor recato, convenían en que el niño mostraba gran predisposición por la medicina.

—Si sigue así, decía el doctor Trigueiros, tendremos un buen médico.

Y siguió.

En Coimbra, estudiando en el Instituto, Carlos abandonaba sus compendios de lógica y retórica, para estudiar anatomía; en unas vacaciones, al abrir las maletas, Gertrudis huyó despavorida, viendo blanquear entre la ropa las mandíbulas de una calavera: y si algún criado de la quinta enfermaba, allá iba Carlos consultando el caso en viejos libros de medicina de la biblioteca, sin moverse del lado del catre, haciendo diagnósticos que el buen doctor Trigueiros escuchaba respetuoso y pensativo. Delante del abuelo llamaba á veces al niño “su talentudo colega.”

Aquella inesperada carrera de Carlos (siempre se creyó que estudiaría derecho) no la aprobaban los fieles amigos de Santa Olavia. Las señoras, sobre todo, lamentaban que un mocito que crecía tan hermosote y avisgado, tan buen caballero, debiese pasar la vida recetando emplastos y manchando las manos en el chorro de las sangrías. El propio juez confesó un día que se le antojaba que don Carlos de Maia no sería un médico serio.

—¡Otra te pego!—contestó Alfonso. —Y, ¿por qué no? Si escoge una profesión es para ejercerla con sinceridad y ambición, como los demás. No le educo

para haragán ni para aficionado, le educo para que sea útil á su país...

—Me parece,—replicó el juez con fina sonrisa,—y Su Excelencia estará conmigo, que hay otras carreras, importantes también, en las que su nieto podría hallar honra y provecho.

—No las veo—contestó Alfonso.—En un país en que la ocupación general consiste en estar enfermo, el servicio más patriótico es, á no dudarlo, saber curar.

—Tiene Su Excelencia contestación para todo—dijo respetuosamente el magistrado.

Lo que precisamente seducía á Carlos en la medicina era esa vida “seria,” práctica y útil; los enfermos que se visitan en una vasta clínica, las existencias que se salvan con un golpe de bisturí, las noches pasadas junto á una cama, entre el terror de la familia, librando rudas batallas á la muerte. Así como de niño le encantaban las formas pintorescas de las vísceras, atraíanle ahora esos aspectos militantes y heroicos de la ciencia.

Se matriculó realmente con entusiasmo. Para aquellos años de tranquilos estudios el abuelo le preparó en Cellas una linda casita, aislada, semejante á un cottage inglés, adornada de persianas verdes, fresca entre los árboles. Un amigo de Carlos (cierto Juan de Ega) púsole el nombre de “Paços de Cellas,” (1), á causa de aquel lujo inusitado entre estudiantes: alfombra en la sala, sillones de marroquí, panoplias de armas y un criado de librea.

Al principio hizo aquel boato que á Carlos le respetaran los hidalgotes, pero que le miraran con prevención los demócratas; mas cuando se supo que el

(1) Palacio de Cellas.

dueño de tales comodidades leía á Proudhón, Augusto Comte y Heriberto Spencer, y que consideraba el país como una "innoble pocilga," los más rígidos revolucionarios acudieron á Paços de Cellas tan familiarmente como al cuarto de Trovão, el poeta bohemio, el áspero socialista que apenas tenía por mobiliario un jergón y una Biblia.

Al cabo de algunos meses, Carlos, simpático á todos, había reconciliado á dandys y filósofos, y muchas veces traía en su *break*, uno al lado de otro, á un petimetre que ya era socio honorario de varias academias de Berlín y que iba de frac todas las noches y al famoso Craveiro que meditaba la *Muerte de Satanás*, embutido en un gabán de Aveiro y cubierta la cabeza con un enorme pavero.

Los Paços de Cellas, bajo su apariencia tranquila y campestre, se habían convertido en un centro de actividad. En el jardín se hacía una gimnasia científica. Una antigua cocina se convirtió en sala de armas, porque entre aquellos muchachos pasaba la esgrima como una necesidad social. Por la noche, en el comedor, los más sesudos jugaban al *whist*, y en el salón, bajo la araña de cristal, con el *Figaro*, el *Times* y las *Revistas* de París y Londres esparcidas por las mesas, los literatos, hundidos en las poltronas, armaban acaloradas discusiones en que salían á relucir la democracia, el amor, el positivismo, el realismo, el Papado, Bismarck, el arte, Hugo y muchas otras cosas y hombres, envueltos todos en nubes de humo que escapaba de los cigarros. Y las discusiones metafísicas, las propias certezas revolucionarias adquirían un sabor más sublimado cuando el criado pasaba ofreciendo cerveza y pastelitos.

Carlos, como era de pensar, no tardó en arrinconar los libros de texto. La literatura y el arte bajo todas sus formas, le absorbían deliciosamente. Publicó so-

netos en el *Instituto* y un artículo sobre el Partenón: en un taller improvisado trató de pintar; compuso cuentos arqueológicos bajo la influencia de Salammbô. Además de esto, cada tarde paseaba su tronco. El segundo año hubiese obtenido un *suspenso* á no ser tan conocido y rico. Tembló pensando en el disgusto del abuelo; moderó su disipación intelectual, fijóse más en la ciencia que escogiera, é inmediatamente le dieron un *accésit*. Pero tenía en las venas el veneno del dilettantismo, y estaba destinado—como decía Juan de Ega—á ser uno de esos médicos literarios, que inventan enfermedades de las que luego la humanidad mentecata se presta á morir.

El abuelo acudía á veces á pasar una semana ó dos en Cellas. Al principio su presencia, agradable á los jugadores de *whist*, desorganizó la tertulia literaria. Los jóvenes no se atrevían á coger las copas de cerveza, y los V. E. por aquí, los V. E. por allá, enfriaban el entusiasmo. Poco á poco, sin embargo, viéndole aparecer en zapatillas y con la pipa en la boca, tenderse en la butaca con aspecto de simpático patriarca bohemio, discutir de arte y literatura, contar anécdotas de su tiempo de Inglaterra y de Italia, empezaron á considerarle como un camarada de barbas blancas. Delante de él se hablaba de mujeres y de calaveradas. Aquel viejo hidalgo, tan rico, que leyó y admiraba á Michelet, llegó á entusiasmar á los demócratas. Y Alfonso pasaba también allí horas felices, viendo que su Carlos era algo así como el árbitro de aquellos mozos de valía y de ciencia.

Carlos pasaba las grandes festividades en Lisboa y á veces en París ó Londres; pero Navidad y Pascuas siempre en Santa Olavia, que cada vez cuidaba con más amor su abuelo. Las salas ostentaban ahora

tapices de gran precio, paisajes de Rousseau y Daubigny, algunos muebles de lujo y artísticos. Desde la ventana ofrecía el jardín el aspecto noble de un parque inglés. Había allí cuadros de flores magníficos, avenidas rectas, caminos que describían majestuosas curvas, mármoles entre la verde fronda y carneros de lujo dormían al pie de los castaños. Pero la existencia en aquella rica mansión no era tan alegre como antes: la vizcondesa, cada vez más gorda, caía en somnolencias congestivas después de comer. Teixeira primero, después Gertrudis, habían muerto de pleuresía, ambos en Carnaval; y tampoco aparecía en el comedor la cara bondadosa del párroco, que dormía ahora bajo una cruz de piedra, entre los girasoles y rosas de todo el año. El señor juez había ascendido y estaba en Oporto; doña Ana Silveira, muy delicada, no salía de su casa; Teresita se había convertido en una joven muy fea, amarilla como un limón; Eusebio; plácido y tristón, olvidadas sus ciencias y estudios, se había casado en Regoa; el señor delegado, olvidado en aquella comarca, era el único que se conservaba bien, quizá un poco más calvo, pero enamorado aun de la robusta doña Eugenia. Y casi todas las tardes, el viejo Trigueiros se apeaba de su yegua blanca para echar un párrafo con su colega.

Las fiestas, en realidad, sólo eran divertidas para Carlos cuando llevaba á la quinta á su amigo íntimo, á Juan de Ega, á quien se aficionó mucho Alfonso de Maia, por sus originalidades y por ser sobrino de Andrés de Ega, gran amigo suyo en otras épocas y que muchas veces fuera también huésped de Santa Olavia.

Ega estudiaba derecho, pero muy despacio—tan pronto obtenía un suspenso como perdía un curso. Su madre, rica, viuda y beata, retirada en una quin-

ta al pie de Celorico de Basto, con una hija viuda, beata y rica también, apenas tenía una vaga noción de lo que hacía Juanito en Coimbra. Su capellán le decía que no pasara cuidado, que el chico sería doctor en derecho como lo fuera su padre, y tal promesa bastaba á la buena señora, que sólo se cuidaba de sus achaques. Prefería que su hijo estuviese lejos de la quinta, pues escandalizaba á todos con su falta de religión y sus palabras heréticas.

Juan de Ega era, efectivamente, á juicio no sólo de los habitantes de Celorico, sino de sus compañeros de estudio, el mayor ateo, el más terrible demagogo que engendraron las sociedades humanas. Esto le lisonjeaba y por sistema exageró su odio á la Divinidad y al Orden Social: quería la destrucción de las clases medias, el amor libre, la repartición de tierras y el culto de Satanás. Su esfuerzo intelectual en tal sentido, acabó por influir en sus ademanes y en su fisonomía; y con su cara morena y flaca, los pelos del bigote erizados bajo la nariz aguileña y un monóculo cuadrado en el ojo derecho, tenía en realidad algo de rebelde y satánico... Desde que entró en la Universidad renovó las tradiciones de la antigua bohemia. Los rotos de la levita los cosía con hilo blanco, se emborrachaba con peleón y por la noche en el Puente, con el brazo levantado injuriaba á Dios. Era en el fondo muy sentimental y andaba siempre enamorado de chiquillas de quince años, hijas de empleadillos, en cuyas casas iba á pasar á veces la velada provisto de cucuruchos de dulces. Su fama de hidalgo ricachón seducía á los padres de las chicas.

Carlos se burlaba de estos idilios fútiles; pero también se enredó él en un episodio romántico con la esposa de un empleado del gobierno civil, una lisboeta que le sedujo por la gracia de su cuerpo y por

sus lindos ojos verdes. A ella lo que la encalabrino fué el lujo de Carlos, su *groom*, su yegua inglesa. Cambiaronse cartas y pasó semanas enteras sumido en la poesía áspera y tumultuosa del primer amor adúltero. Por desgracia la joven tenía el nombre bárbaro de Hermengarda, y los amigos de Carlos, una vez descubierto el secreto, le llamaban *Enrico el presbítero* y dirigían misivas á Cellas con este nombre odioso.

Un día iba Carlos tomando el sol por el Mercado, cuando el empleado del gobierno civil pasó junto á él llevando de la mano á su hijito. Por vez primera veía tan de cerca al marido de Hermengarda. Le pareció abatido y macilento. Pero el pequeñín era adorable, regordete, más rollizo aquel día, acariciado por la clara luz de un cielo sin nubes, sonriendo y mostrando su alegría en los hoyuelos de las mejillas y en las rosas de los pómulos. El cuidado con que guiaba aquel hombre los pasos de su hijuelo, impresionó á Carlos. Leía entonces las obras de Michelet y sentía gran veneración por la Santidad del hogar. Se sintió canalla pensando que sentado en su *dog-cart* preparaba friamente la vergüenza y las lágrimas de aquel pobre padre tan inofensivo y modesto. No contestó á las cartas en que Hermengarda le llamaba *su ideal*. De fijo que la pécora se vengó intrigando; porque, de allí en adelante, el empleado del gobierno civil, cuando veía á Carlos le lanzaba miradas fulminantes.

Pero el gran "choque sentimental de Carlos,, como decía Ega, fué cuando, al terminar unas vacaciones, se trajo de Lisboa una soberbia muchacha española y la instaló en una casa no lejos de Cellas. Llamábase Encarnación. Carlos le alquiló por meses una victoria con un caballo blanco y la moza fanatizó Coimbra como la aparición de una *Dama*

de las Camelias, como una flor de lujo de las civilizaciones superiores. Por la Calzada, por la calle de Beira, parábase los jóvenes, pálidos de emoción cuando ella pasaba, reclinada en el coche, mostrando el zapato de raso y un trozo de media, lánguida y desdenosa, con un perrito blanco en la falda.

Los poetas de la Universidad le dedicaron versos en que se la llamaba *Lirio de Israel*, *Paloma del Arca* y *Nube de la mañana*. Un estudiante de teología, rudo y estudioso, quiso casarse con ella. A pesar de las instancias de Carlos, Encarnación rehusó y el teólogo empezó á perseguir á Carlos, armado de una navaja, "para beber la sangre," á Maia. Carlos tuvo que darle una mano de palos.

Pero la muchacha, envanecida, se puso intolerable, hablando de otras pasiones inspiradas en Madrid y en Lisboa; de las sumas fabulosas que le dieran el conde de tal y el marqués de cual, emparentado este con los Medinaceli: sus zapatos de raso verde eran tan antipáticos como su voz de falsete, y cuando trataba de tomar parte en conversaciones serias, llamaba ladrones á los republicanos, celebraba los tiempos de Isabel II, su *gracia*, su *salero*, y se mostraba muy conservadora como todas las prostitutas. Juan de Ega la odiaba: Craveiro declaró que no volvía á los Paços de Cellas si volvía á ellos aquel montón de carne, pagada á tanto la libra, como la de vaca.

Por fin una tarde, Bautista, el famoso ayuda de cámara de Carlos, la sorprendió con un cómico que hacía papeles de dama en el Teatro Académico. ¡Ya se había hallado un pretexto! Y convenientemente indemnizada, la pariente de los Medinaceli, el *Lirio de Israel*, la defensora de los Borbones fuese de nuevo á Lisboa, á la calle de San Roque, su elemento natural.

En Agosto, cuando se licenció Carlos, hubo una alegre fiesta en Cellas. Alfonso acudió de Santa Olavia, Villaça de Lisboa. Toda la tarde, en el jardín, entre las acacias y rosales se prepararon castillos de fuegos artificiales, y Juan de Ega, que había obtenido su último *Suspense* del último año, en mangas de camisa, no cesó de colgar faroles á la veneciana en los árboles, en el trapecio, en las bardas, para la iluminación nocturna. A la comida, á la que asistían algunos catedráticos, Villaça, emocionado, pronunció un *speech*; iba á citar "nuestro inmortal Castilho," cuando bajo las ventanas resonó el *Himno Académico*. Era una serenata. Ega, congestionado, con la levita desabrochada, salió al balcón á perorar:

—Ahí tenemos nuestro Maia, Carolus Eduardus ab Maia, empezando su gloriosa carrera, preparado para salvar á la humanidad enferma, ó acabarla de matar, según las circunstancias. ¿A qué parte de estos reinos no llegó ya la fama de su genio, de su *dog-cart*, del sebáceo *accessit* que enloda su pasado, y de este vino de Oporto, contemporáneo de los héroes del 20, que yo, hombre de revolución y de empuje, yo, Juan de Ega, Johanes ab Ega...

El grupo obscuro de abajo rompió en *vivas*. La filarmónica y muchos estudiantes invadieron el palacete. Hasta muy tarde en el jardín, en la sala atestada de platos y fuentes y bandejas, no cesaron los criados de servir dulces y descorchar botellas de *champagne*, y Villaça, secándose la cabeza, la frente, el pescuezo, medio asfixiado de calor, iba diciendo á unos y á otros y á sí mismo también:

—¡Es una gran cosa tener una carrera!

Entonces Carlos Eduardo partió para su largo viaje por Europa. Pasó un año; llegó el otoño

de 1875, y el abuelo, instalado ya en Ramillete, esperaba con ansia á su nieto. La última carta de Carlos estaba fechada en Inglaterra, donde había ido para estudiar la admirable organización de los hospitales para niños. Así era, pero paseaba también por Brighton, apostaba en las carreras de Goodwood, vivía un idilio errante por los lagos de Escocia, con una señora holandesa separada de su marido, venerable magistrado de La Haya, una Madame Rughel, soberbia hembra de pelo dorado, alta y blanca como una ninfa de Rubens.

Empezaron luego á llegar, dirigidas á Ramillete, cajas de libros, de instrumentos: toda una biblioteca y un laboratorio, que volvían loco al pobre Villaça, corriendo por los almacenes de la aduana.

—Mi chico vuelve con grandes ganas de trabajar —decía Alfonso á sus amigos.

Hacia catorce meses que no veía á "su chico," y en una fotografía que le envió desde Milán aparecía desmejorado, flaco. Latiale aceleradamente el corazón una mañana de otoño, cuando merced á unos gemelos vió llegar al puerto un gran vapor del *Royal Mail* que le traía á su nieto.

Por la noche los amigos de la casa, el viejo Sequeira, don Diego Contiño, Villaça, no se cansaban de admirar á Carlos. ¡Qué diferente de la fotografía! ¡Qué robusto, qué sano!

Era en realidad un hermoso mancebo, alto, bien formado, de anchos hombros, con una cabeza de estatua bajo los cabellos negros, y los ojos de los Maias, aquellos irresistibles ojos de su padre, de un negro líquido, tiernos y graves á un tiempo. Llevaba toda la barba recortada en punta castaño oscuro, y el bigote retorcido le daba el aspecto de los caballeros del Renacimiento. Y el abuelo, risueño y conmovido no se cansaba de verle y de oírle hablando

del viaje, de los hermosos días de Roma, del malhumor que le sobrecogió en Prusia, de la originalidad de Moscou y de los paisajes de Holanda.

—¿Y ahora?—preguntóle Sequeira mientras Carlos sorbía su cognac y soda—¿ahora qué piensas hacer?

—¿Ahora, general?—contestó Carlos sonriendo y apartando la copa; descansar primero y adquirir celebridad después.

Al día siguiente Alfonso fué á la sala de billar donde fueron llevados los cajones, y le encontró en mangas de camisa, muy atareado, abriendo y desempaquetando las cajas. En el suelo, en los sofás había toda una literatura en tomos encuadernados; y aquí y allá, por entre las virutas y la paja, á través de las lonas descoloridas, la luz reverberaba en un cristal ó relucían los barnices y los metales de los instrumentos. Alfonso admiraba en silencio todo aquel aparato de ciencia.

—Y ¿dónde vas á poner este museo?

Carlos pensaba montar un gran laboratorio allí cerca, en el barrio, con hornos y retortas para trabajos químicos, una sala para estudios anatómicos y fisiológicos, su biblioteca, sus instrumentos, una concentración metódica de todos sus útiles de estudio.

Los ojos del abuelo se iluminaban escuchando aquel plan grandioso.

—¡Y no te detenga el miedo de gastar, Carlos! Durante los años que pasamos en Santa Olavia hemos hecho algunas economías...

—¡Buenas y santas palabras, abuelo! Repítaselas á Villaça.

Pasaron semanas en estos preparativos de instalación. Carlos tenía resolución sincera de trabajar; la ciencia, como mero adorno de la inteligencia, pare-

ciala un lujo de solitario; deseaba ser útil. Pero sus ambiciones fluctuaban intensas y vagas; tan pronto pensaba en una gran clínica, como en escribir una obra que revelara su talento, ó en experimentos fisiológicos, pacientes y que demostraran su aptitud... Sentía ó creía sentir en su interior el hervor de una fuerza, sin acertar con la aplicación que debía darle. "Algo brillante", como decía; y esto para él, hombre de lujo y de estudio, significaba un conjunto de representación social y de actividad científica, el batallar profundo de las ideas entre las influencias delicadas de la riqueza; las elevadas divagaciones filosóficas entreveradas con las delicias del *sport*; un Claudio Bernard que fuese al propio tiempo un Morny... En el fondo era un *dilettante*.

Se consultó á Villaça acerca del punto que convenía instalar el laboratorio y esto le lisonjeó mucho. Pero había que saber una cosa: ¿nuestro doctor pensaba establecer una clínica?

Carlos no había pensado en tener *exclusivamente* una clínica; pero deseaba dar consultas, hasta gratuitamente, para hacer práctica. Entonces indicó Villaça la conveniencia de que el consultorio estuviese separado del laboratorio.

—Me fundo en que la vista de instrumentos, máquinas y aparatos asusta á los enfermos...

—Tiene usted razón, Villaça. Ya mi padre decía que tiene uno todos los males á fuerza de ver enfermos.

—Separados, señor, separados—afirmó el administrador en tono sentencioso.

Carlos asintió. Y Villaça halló bien pronto para laboratorio un viejo almacén, grande y apartado, cerca del palacio de Necesidades.

—Y el consultorio, señor, ni aquí ni allá, sino en el Rocío, en pleno Rocío!